



Revista Eutopía
Número 2, segunda época,
julio-diciembre de 2023
pp. 203-213
ISSN 2617-037X
Fecha de recepción: 27-9-2023
Fecha de aceptación: 4-10-2023

LA PRODUCCIÓN DE UN «ARCHIVO
DE LA LIMINALIDAD» HACIA LA
HETEROGENEIDAD

Comentarios al libro de Ricardo
Falla: *Descubriendo el mundo
indígena 1932-1981*. Volumen 8
de la colección «Al atardecer de
la vida...».

Guatemala: Avanco, Editorial Universitaria de la Universidad de San Carlos de Guatemala, Universidad Rafael Landívar. Guatemala, 2023. 955 págs. Dos tomos.
ISBN: 978-9929-663-20-6

Edgar Esquit*

Para comentar el libro del padre Ricardo Falla, *Descubriendo el mundo indígena, 1932-1981* voy a usar dos imágenes que me parecen importantes. Hablaré de lo que he llamado la formación de un «archivo de la liminalidad» y sobre la idea de «descubrimiento» que aparece en el título del texto. Al leer los dos tomos de este escrito, por alguna razón vino a mi mente el modelo de los archivos, con sus fondos documentales, legajos y documentos. Quizá surgió esa idea porque al revisar los dos tomos fui encontrando que el autor incluía cartas a familiares, a compañeros, los capítulos lo conforman diversos artículos

* Doctor en Ciencias Sociales por el Colegio de Michoacán, México. Investigador en el Instituto de Estudios Interétnicos y de los Pueblos Indígenas, de la Universidad de San Carlos de Guatemala.

trabajados durante la formación estudiantil del antropólogo, así como informes de investigación y de trabajo de campo. Por otro lado, los dos tomos forman parte de una gran colección de libros relacionados con temas y problemas específicos.

De esta manera, los documentos reunidos forman parte de un fondo documental que surgió a partir de una actividad específica, en principio entendida como la aproximación de un sacerdote y antropólogo hacia el mundo indígena. Se puede ver la unidad de los documentos porque versan sobre un tema definido por el propio investigador, que intenta nuevas formas de vinculación con los sujetos indígenas de Guatemala y de otras partes del mundo.

El volumen ocho de la serie «Al atardecer de la vida...», se puede pensar como una acción para ofrecer al público, una colección de documentos definidos a partir de la práctica académica. Pero esta compilación no es simple porque el autor de estos trabajos quiere aparecer como sujeto actuante en los procesos que describe, no desea la neutralidad exigida por la ciencia o la objetividad de la investigación positivista. Así, este importante trabajo de organizar el fondo documental, lo que aquí llamo metafóricamente «archivo de la liminalidad» tiene particularidades o especificidades que rompen con el «archivo tradicional» o el «archivo de la nación», que sería el archivo por excelencia.

Aquí necesito enfatizar que, cuando el investigador visita el «archivo de la nación», al entrar en los fondos documentales, este no encuentra indicios sobre la vida del archivista, simplemente localiza los documentos, organizados a partir de líneas burocráticas o ideas institucionales gubernamentales. La vida del gestor no aparece por ningún lado; si bien al examinarse el cuadro de organización, aparezca algo entre líneas, en realidad al archivista no le interesa mostrarse dentro del fondo documental. Lo importante en el «archivo de la nación» no es la persona y su experiencia sino la formación de la institución, la identidad nacional y las ideas sobre la ciudadanía.

El «archivo de la liminalidad», por otro lado, se presenta como un largo ejercicio que tiene el poder de construir una «conciencia», un saber definido, vinculado a la existencia humana, en este caso, en la historia del antropólogo y sacerdote que busca, de diversas maneras, descubrir el mundo indígena. Significa localizar los documentos que nos muestran a través del tiempo, la trayectoria de una vida en la búsqueda de la humanidad del otro, la dignidad del otro o los kaqchikeles diríamos el *k'u'x* del otro.

En este sentido, el «archivo» que nos ofrece el padre Ricardo Falla, no es convencional sino es uno construido para mostrar los momentos de liminalidad, para usar los términos analíticos que nos ofrece el mismo antropólogo. Construida en un tiempo largo, esta experiencia posee momentos de luminosidad y oscuridad, bastante intensos. Entonces el momento de liminalidad, dicha en palabras mayas sería, *Xib'alb'a* donde se entra para mezclar luz y oscuridad hasta resurgir ya no como el mismo grano, sino como planta de maíz verde que dará grandes frutos.

Ricardo Falla observa que el volumen ocho de la serie «Al atardecer de la vida...» tiene una temporalidad que se limita a 1981; él afirma, sin embargo, que esta delimitación temporal no implica que el descubrimiento del mundo indígena se circunscriba a este momento y que lo que viene después sea claridad o totalidad. No, porque para este antropólogo, la vida indígena es un proceso en constante descubrimiento y que al final, ese mundo mantiene un buen grado de imposibilidad para el visitante, afirma que nunca se puede dar un descubrimiento total.

Se podría afirmar que, lo profundo en la construcción de este «archivo» o de este fondo documental, es la posibilidad de usar la experiencia de Ricardo Falla, para que otros accedan o alcancen su propia pasión. Si Ricardo Falla resurge como una milpa verde en 1981, él muestra, ahora, la experiencia obtenida en su paso por *Xib'alb'a*. Ese conocimiento es brindado a los interesados en este tipo de saber, para que tengan a la mano,

algunas señales en el transcurso de su viaje por el inframundo, hasta encontrar nuevamente la luz, resurgiendo como otros sujetos. El archivo, en este caso, es un cúmulo de signos, sinuosos caminos, encrucijadas, barrancos, luciérnagas, flores, ríos subterráneos, caminos escarpados, etc., pistas que pueden servir para acercarse a la otredad, que es uno mismo, despojado de los límites impuestos por la propia formación colonial.

Entonces, el «archivo de la liminalidad», como ya se ha dicho, no es igual, de ninguna manera al «archivo nacional», ese archivo que intenta formar al ciudadano, pero que en Guatemala se estructura sobre la historia colonial y el racismo. Para la historiografía nacionalista, el «archivo nacional» es el lugar donde se buscan los datos que darán forma a la verdad sobre la historia del Estado y las raíces de la comunidad nacional. Se trata de ese imaginario que intenta modelar a las personas en las escuelas, en el trabajo o en la plaza pública, es decir, al ciudadano, al individuo que actúa por sí mismo haciendo contratos con los demás.

El «archivo» que abre el padre Ricardo Falla no está vinculado a este tipo de fondo documental, al de la nación, ni a la manera en que este se organiza. En cambio, está relacionado a uno que ofrece la posibilidad de llegar a la identidad del otro, no para formar la identidad del otro. En este caso, el «archivo de la liminalidad» cuestiona de muchas maneras al «archivo nacional» o la historia del Estado que define la universalidad de la política, la cultura e incluso de la vida; son archivos distintos, con propósitos disímiles. Siguiendo esta perspectiva, si el «archivo nacional» busca definir al sujeto ciudadano ¿qué tipo de sujeto lograría localizar el «archivo de la liminalidad»?

Dejo esta pregunta aquí y ahora quisiera hablar sobre la idea de «descubrimiento» que lleva en el título el volumen ocho de la colección «Al atardecer de la vida...».

De entrada, Ricardo Falla ha planteado que la palabra «descubrimiento» que aparece en el título del libro, en nada se relaciona con el uso que se le dio a esta palabra en otros momentos de la historia, digamos cuando se habló del «descubrimiento de América» y lo que vino después. Para Ricardo Falla, el «descubrimiento» más bien denota la «evolución de su conciencia», es su subjetividad impactada en un proceso de cambio o de acercamiento. Una experiencia que, según el propio autor, no está definido con amplitud en los primeros volúmenes de la colección. El «descubrimiento» ha sido un «abrir los ojos» como una oportunidad para seguir en el proceso de la vida. «Descubrir» es conocer internamente al pueblo indígena, mirar desde su visión y servirlo. A su vez, afirma, el pueblo se va identificando con él, llega a conocerlo como su interlocutor; es más, «atiende su voz». Es un intercambio múltiple entre personas que se encuentran, se conocen y se siguen mutuamente.

Por su parte, Ricardo Lima Soto, que escribe el prólogo de estos dos tomos, advierte que el libro *Descubriendo el mundo indígena*, define cinco etapas a través de las cuales se produce el «descubrimiento» y que, por otro lado, marcan la evolución personal del autor. Esta transformación se produce dentro de una historia personal que implica el desarrollo de ideales, teorías y utopías que surgen desde un pensamiento crítico vinculado a la acción social. Todo este proceso, dice Lima Soto, implica también concientización e intervención, que guían hacia la justicia mediante el análisis profundo de problemáticas sociales.

El concepto «descubrir» tal como aparece en el libro, es decir, como la transición que vive el sacerdote antropólogo, puede notarse como una acción restringida, bajo la idea de que la toma de conciencia no es unilineal sino dialéctica. La toma de conciencia, en el sentido que lo plantea Ricardo Falla, involucra profundamente a los sujetos que entran en contacto, es decir, no solamente al sacerdote en este caso, sino también a los indígenas.

Entonces, ¿qué sucede con la conciencia del sujeto «descubierto»? Si la liminalidad se produce en la intersección de dos tipos de memoria que se modelan una a la otra, sin negarse o borrarse totalmente, ¿por qué el proceso de liminalidad que vive el indígena es inaccesible? Hay que dejar claro que en la intersección de las memorias no hay cristalización porque el mundo permanece heterogéneo y las voces de los sujetos son irreductibles. De esta manera, si la memoria del antropólogo es definida, como «toma de conciencia» sobre la existencia del otro y a través de la intervención, como diría Lima Soto o finalmente como servicio, según Ricardo Falla ¿qué tipo de conciencia modela el otro para sí, es decir el indígena?

Ricardo Falla intenta una respuesta a esta pregunta en alguna parte de la introducción de su trabajo. Afirma que su toma de conciencia, el «descubrimiento» del mundo indígena, podría parecer invisible para los propios indígenas. No obstante, rápidamente afirma que no es así, es decir, no hay invisibilidad, considera que «esa persona indígena puede crecer sin tomar conciencia del valor de su mundo indígena, es decir, de la cultura que hace el nexo del pueblo con su entorno». A partir de su propia experiencia liminal, el sacerdote reconoció la experiencia alcanzada por sus interlocutores indígenas. Así, en el proceso, dichas personas pueden o han podido asumir personal o colectivamente su mundo. Se dice que mucha gente toma conciencia de su existencia después de haber conocido otros mundos y de esa manera, mira su vida desde el extrañamiento. Esta «evolución», dice Ricardo Falla, adquiere múltiples formas y cada uno puede recordarlo si lo ha vivido.

Estos argumentos me parecen sumamente importantes, pero veo que no se produjo una discusión amplia sobre ello, en todo el libro. Al leer detenidamente el texto uno puede encontrar múltiples datos y alusiones a la toma de conciencia del interlocutor indígena (probablemente en los volúmenes precedentes existan datos al respecto). No obstante, la posibilidad de documentar la liminalidad vivida por el indígena

no siempre es posible porque el ejercicio de rompimiento, en este momento de la realidad colonial, arrastra la historia de la persona que experimenta el «descubrimiento».

Ricardo Falla afirma que este es un proceso sin límites y que, por otro lado, en su experiencia nunca podrá acceder totalmente a los «misterios» del mundo indígena. La toma de conciencia del otro, del indígena, también me parece un dilema importante, porque puede darse de múltiples maneras. En el momento histórico en el que vivimos, la conciencia del subalterno necesariamente se produce dentro de la subalternidad, es decir, la otredad jerarquizada.

Frente a todo esto también estoy pensando en Emeterio Toj Medrano y su biografía publicada recientemente. Al mismo tiempo, recuerdo a los miles de indígenas que no tuvieron la posibilidad de escribir su experiencia liminal a finales del siglo XX. Es decir, me pregunto ¿cómo podemos acceder a estas memorias sobre la toma de conciencia y cómo aprender sobre la forma en que los sujetos se descubren, definiendo su existencia y las distintas formas de vida?

No tengo respuestas a las preguntas que he planteado a lo largo de estos comentarios. No obstante, quiero acercarme un poquito más a los argumentos, desde el «archivo de la liminalidad» que nos ofrece el padre Ricardo Falla. En uno de los capítulos del tomo 8a se describe con algunos pormenores el llamado «Encuentro Indígena Nacional» en Sololá, que se produjo en diciembre de 1971. Según se afirma, lo que se buscaba en ese seminario era escuchar de la misma boca de los indígenas los problemas que enfrentaban, es decir, cómo miraban ellos sus propios desafíos. Como es obvio, esta discusión se producía en el marco definido por la Iglesia, pues, lo que se quería era formar «una pastoral indígena encarnada». Así, los indígenas, debían presentar sus problemas ante los agentes de pastoral, que tendrían el papel de observadores.

En el texto se lee que el primer día del encuentro, los indígenas escolarizados participaron bastante, pero los campesinos tuvieron muy poca intervención. Ricardo Falla afirma que hubo un dirigismo por parte de los profesionales indígenas y que los temas de identidad, conciencia de futuro y de pasado, no era vivencial para todos. En el segundo día a partir de la introducción de algunos cambios, los campesinos tuvieron una participación más fluida. Entonces, cuando se tomó el tema de la opresión, un maestro indígena atacó a la Iglesia. Ricardo Falla afirma que en ese momento se encendió la chispa, escribe que un sacerdote presentó una respuesta, así como algunos campesinos que les había dolido el ataque.

Un campesino habría dicho: «yo estoy en contra de que por culpa de la iglesia estemos ignorantes. Los sacerdotes de Santa Cruz están tratando de sacar a la gente de la ignorancia, y que vayan a la escuela. Los compañeros profesionales no han entendido lo que es la iglesia...». Junto a esto, cuando los indígenas campesinos fueron cuestionados sobre ¿qué clase de sacerdotes preferían, si indígena, ladino o eran indiferentes a ello? la respuesta de los campesinos *ke'iche'* fue: «no tenemos preferencia en aceptar razas, lo que queremos es que el sacerdote acepte a todos por igual. Muchas veces el sacerdote atiende primero al ladino y solo cuando la persona indígena se desenvuelve, entonces el sacerdote se muestra bueno».

A pesar de la apertura establecida, estos encuentros entre indígenas y sacerdotes en muchos momentos estuvieron mediados por la voz de la Iglesia, las reuniones fueron definidas desde este espacio. Pero hubo diálogo, intercambios, a pesar de que los sacerdotes eran observadores o escuchas, también hicieron ver sus perspectivas y descarnaron su *ke'u'x*. Como lo dice Ricardo Falla, este ambiente abrió espacios para el diálogo.

En este caso, necesito repetir que el «descubrimiento» siempre se produjo en el ámbito definido por el descubridor, no había otra posibilidad. El marco del descubridor impone su sombra

sobre el otro, pero también está la conciencia de que este es un proceso de diálogo, en donde los encuadres definidos por el «descubridor» finalmente podrían ser destruidos, eso seguramente fue un temor latente (o quizá esperanza en otros momentos) entre los propios sacerdotes que participaron en estas reuniones o en la experiencia del padre Ricardo Falla en su largo proceso liminal.

Junto a esto, también deseo resaltar la respuesta de los *ke'iche'* ante la pregunta sobre su preferencia de sacerdotes. Es interesante porque esa respuesta, en diversos sentidos, muestra una de las aspiraciones más fuertes de muchos indígenas, es decir, la búsqueda del «reconocimiento». El deseo de que los dominadores, de alguna manera, intenten «divisar» la vida de los indígenas.

El artista Jimmie Durham dijo en algún momento que los indígenas no deberían tener interés en el reconocimiento del Estado, ofreciendo una crítica a ese deseo por el «reconocimiento» (citado por Beatriz Cortés). No obstante, aquí no se está hablando solamente de las políticas de reconocimiento precisadas desde la democracia liberal. Me parecen importantes los derechos humanos o los derechos de los pueblos indígenas, definidos a nivel internacional. Veo engañosos los derechos definidos en los Acuerdos de Paz, porque ocultan realidades que se hicieron evidentes durante la guerra, hablo sobre el colonialismo que sufren los indígenas y los pobres. La tolerancia, la interculturalidad, como conceptos liberales quedan muy atrás, cuando pensamos el «reconocimiento» vinculado a otros contenidos, por ejemplo, con los procesos de toma de conciencia y con la historia colonial.

Ricardo Falla ha mostrado que la «toma de conciencia» se produce a través de las trayectorias históricas de los sujetos. Adentrarse en la historia del otro posibilita entrar de otras maneras en nuestra propia historia y esa emergencia abre condiciones concretas y horizontes en el «reconocimiento» del

otro. Por eso no debe banalizarse la lucha de los indígenas por el «reconocimiento» como lo ha hecho el Estado hasta este momento. La voz de los indígenas en realidad ha sido parte de un combate por la heterogeneidad en Guatemala y en el mundo.

Para ir terminando, es necesario decir que el antropólogo Ricardo Falla ofrece una «posibilidad de memoria», brinda unas rutas para el encuentro de sujetos y la construcción de relaciones horizontales que han buscado muchos indígenas en sus trayectorias políticas y de vida. De la misma forma, en este proceso, tanto Ricardo Falla como Emeterio Toj Medrano, en sus respectivos trabajos, invitan a reconocerse en el profundo amor y entrega hacia el otro, hacia el pueblo que toma rostro de muchas maneras en las luchas por la autonomía, contra el racismo, la dominación masculina, por la reproducción de la vida, en la organización comunal, etc.

Así mismo, el «archivo de la liminalidad» debería tener diversos fondos documentales, incluyendo las memorias indígenas. Este archivo reproduce la heterogeneidad y clausura el «archivo de la nación» que impone el universalismo elitista, esa visión que oculta las historias que tejen las múltiples colectividades y que en realidad son las que dan forma al mundo. De esta manera, el «archivo de la liminalidad» necesita múltiples series que ayuden a definir la heterogeneidad. Sería importante formar un «archivo de la liminalidad» integrado por fondos documentales que den cuenta de las muchas maneras de llegar a la conciencia y de los modos en que se definen los sujetos, así como las posibilidades de vida que estas experiencias ofrecen.

A pesar de lo dicho, debo advertir que al imaginar el «archivo de la liminalidad», no estoy hablando exactamente de un lugar, de un archivo físico institucionalizado. Como he dicho al principio, uso «archivo de la liminalidad» como una metáfora a través de la cual, intento decir que el libro del antropólogo Ricardo Falla desde sus raíces, nos invita a la construcción de una teoría y una política sobre la toma de conciencia y la heterogeneidad.

Una acción que se enlaza a viejas y nuevas perspectivas que han buscado vincular el *k'u'x* o las fuerzas vitales de los seres que habitan el mundo. En todo este proceso, considero importante trabajar a la luz de las memorias múltiples, abigarradas, que se mueven en diferentes escalas y direcciones. Una teoría y una política sobre la toma de conciencia y la existencia del otro que necesariamente implica nuevas formas en el trabajo de investigación y en la escritura de las historias.

